

La reforma de la OTAN

60.000 soldados (20.000 de ellos americanos) están llegando a Bosnia-Herzegovina para formar —al menos durante un año— y con el nombre/ bandera **Implementation Force (Ifor)** el muro interpuesto de separación de los irreconciliables balcánicos que han mantenido una guerra cruelísima desde hace cinco años. Este contingente está formado por fracciones procedentes de los 16 países miembros de la OTAN, a los que se ha añadido voluntariamente elementos de otros 17, incluida Rusia. El mando supremo de esta fuerza heterogénea lo ostenta un general de la OTAN, y es precisamente la OTAN el organismo fiable que ha recibido de Naciones Unidas el encargo de sacar adelante la empresa. Con su aceptación, la OTAN desborda su estructura fundacional de defensa de los propios miembros para emplearse en defensa del esfuerzo, más general, por la paz.

Cuando con más perspectiva que la actual se escriba la historia de este turbulento período, los elementos que probablemente quedarán como decisivos en la arquitectura política posterior a la guerra serán la Unión Europea y la OTAN. En cambio, fenómenos tan resonantes como los setenta años de experiencia soviética y su clamoroso hundimiento sólo serán para las generaciones posteriores interesantes episodios, como lo son para nosotros Cavite y Santiago de Cuba o incluso la Guerra Civil del 36.

El papel que la OTAN ha jugado en la pacificación de la

hoy próspera Europa ni ha sido suficientemente ponderado ni es intrínsecamente mensurable. Pero a poco que se mire, sin incurrir en un sesgado e interesado radicalismo, se comprenderá que la OTAN ha sido bastante más que un remedio en las situaciones críticas: ha sido, al mismo tiempo, el coagulante de la voluntad defensiva de Occidente, el catalizador de un determinado concepto de cultura atlántica, la punta de lanza del anticomunismo y el blanco de las iras de los movimientos pacifistas. Todos esos significados parecen resistir la disolución de los bloques.

POR lo tanto, no tiene nada de extraño que después de la etapa pos-Muro de Berlín, en la que pareció a muchos que la OTAN había terminado su misión, reaparezca ahora con un grado de conciencia colectiva que sólo había alcanzado el año 1978, en la compleja y decisiva «doble decisión», problema entonces agudo, de la retirada de los misiles soviéticos SS-20. **Entonces precisamente** se puso de manifiesto la importancia del componente político de la Alianza Atlántica, de igual forma que ahora, tras cuatro años de perplejidades sobre la mejor forma posible de actuar en la antigua Yugoslavia, los Estados Unidos, por medio de la unión atlántica, han paralizado la irracionalidad de la guerra de Bosnia. Fuerza militar y peso político. Y no sólo de los Estados Unidos, que solos no hubieran podido componer la paz de Dayton, sino de la injustamente denostada Europa.

Quizá sea éste el momento de denunciar, aunque sea amablemente, el prurito con que desde los ambientes de regusto ideológico se ha tratado de oscurecer siempre a las estructuras amparadas por los Estados Unidos como es la OTAN. Pero, a pesar de acciones equívocas, el apoyo estadounidense ha sido fundamental para la defensa de lo que llamamos Occidente. No se olvide que la idea de pedir auxilio a los EE.UU. para la protección de Europa frente al comunismo amenazante **nació en 1948 en la misma Europa**. Pero fue comprendida como fundamental por los sucesivos gobiernos americanos hasta el día de hoy. Hay que tener en cuenta este sustancial e inevitable elemento cuando hablamos de la «reforma de la OTAN».

La reforma

TRES son los vectores hacia cuya realización se dirige la nueva OTAN. El primero es el concepto de **ampliación**. Son muchos los países que desean agregarse a la estructura de la alianza atlántica para sentirse integrados en un escudo de primer orden frente a posibles amenazas exteriores (fundamentalismo musulmán, emergencia de una Rusia renovada). El segundo es el de la **nueva área de intervención**, caso de que fuera necesaria.

Los límites que la Carta del Atlántico se impuso han quedado superados ampliamente en la nueva situación. El tercero es el del **perfeccionamiento interno** de los mecanismos de funcionamiento ordinario, de financiación y de decisión político-militar.

De todos estos conceptos, el de la ampliación es el fundamental, porque transforma la concepción original del Tratado, y porque sitúa más lejos, correlativamente, potenciales enemigos de los que la Alianza tendría eventualmente que protegerse. Y asimismo, porque en el camino hacia ella arrastrará otros cambios importantes de organización, ámbito y nuevas funciones o roles.

Un estudio, largo tiempo gestado, elaborado y esperado, sobre este candente tema fue dado a conocer en Bruselas, en el Cuartel General de la OTAN, el 28 de septiembre del pasado año, aclarando el panorama de las expectativas que se ofrecían a todos los solicitantes, y encrespando la impotencia de Rusia, que lo consideró ofensivo. La razón de este estudio, largo tiempo antes encargado (diciembre 1994), era aprovechar el momento de «macro-tranquilidad» creado por el hundimiento de la URSS (aunque no se dijo así) y el final de la guerra del Golfo, para reorganizar la arquitectura política de Europa y el mundo euroatlántico. El documento —todavía sin más valor político que el de difundir ideas— subraya que con la ampliación, la OTAN continúa siendo una organización puramente defensiva, y que nadie tiene por qué temer de ella ningún tipo de agresión. La elaboración de este estudio ha servido para clarificar el cómo y el cuándo de la

ampliación y qué tipo de OTAN y posibles adhesiones va a ser necesario preparar. Lo que se pretende es que la ampliación de la OTAN contribuya a aumentar la estabilidad de todos los países miembros (actuales y potenciales) en las nuevas circunstancias que se han creado en el mundo.

Lo nuevo de esta pretensión es que el aspecto militar explícito que la OTAN ha mantenido frente al bloque socialista durante tantos años se atenúa sensiblemente en favor de principios activos en los que la política civil está más presente: reformas democráticas, control democrático sobre lo militar, creación de hábitos de comportamiento cooperativo, inclinación a resolver las cuestiones por consenso, relaciones de buena vecindad, fortalecimiento defensivo de la Alianza, apoyo a la Organización de Seguridad y Cooperación Europeas...

LOS principios de la ampliación continuarán siendo los mismos que hasta ahora, de acuerdo con el art. 10 del Tratado de Washington, en un sólido conjunto de derechos y deberes con los que los nuevos miembros, cuando vayan llegando, deberán ser consecuentes.

*La selección progresiva de estos nuevos miembros será laboriosa. Desde enero de 1994, la propia OTAN había ofrecido a los países reformistas procedentes del antiguo bloque socialista y a los llamados «neutrales», un cuadro organizativo previo con poderosas virtualidades incluso en su fase inicial: la **Alianza para la Paz**, que tenía por cometido una mayor cooperación con la OTAN en las cuestiones militares y en la política de seguridad con la **perspectiva de una posterior entrada en la Alianza Atlántica**. Tuvo gran éxito, pues el documento fue firmado por nada menos que 26 Estados, casi todos procedentes de la desintegración del bloque, más Suecia, Malta y Austria. Rusia, después de haber llevado con mal humor esta iniciativa, que consideraba directamente enemiga, lo pensó mejor y puso también su firma por dos veces, junio 1994 y mayo 1995 (a tenor de las eventualidades de su política interna).*

Con toda su insuficiencia, la Alianza para la Paz puede servir como noviciado para más sólidos compromisos, excepto quizá para Rusia, que difícilmente podrá ser admitida en la Alianza, pero a la que siempre se le dará un trato político de favor. Así y todo, la ampliación debería ser gradual, bien deliberada, con procesos transparentes nacidos en el diálogo con las partes interesadas, caso por caso.

La ampliación de la OTAN y cada una de las otras instituciones actualmente existentes en Europa (Unión Europea Occidental, Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa) tienen por su naturaleza y afinidades diversas un carácter complementario. Todas ellas servirán para entretrejer, cada vez más firmemente, un tejido que se desea indisociable.

OTAN y paz americana

NO hay demasiado donde elegir.

América es por el momento la mayor fuerza mundial. América manda y decide. Y los otros 15 secundan. Esta superioridad es, para no pocos, irritante. Pero los politólogos no manejan nunca el término «irritación», que pertenece a las emociones infantiles, por las que no se rige la «Realpolitik». Y además, hay varios matices.

Decir que la OTAN es América es una banalidad, una superficialidad y un engaño. Decir —al revés— que la OTAN podría subsistir sin América o que América podría ser un real «primus inter pares» es una simpleza. Ambas hipótesis extremas carecen de sentido, y no sólo de realismo. Porque América sin Europa quedaría en un grado de aislamiento inmediato a la decadencia. Y Europa sin América se convertiría en un mero objeto de deseo para las naciones africanas y para los indigentes de las estepas. Incluso Francia, consciente de que los tiempos han cambiado, se ha avenido a bajar las plumas de su penacho gaullista para no quedar fuera en la obra común.

La OTAN está compuesta por América, que es el líder, y por

los otros quince países, que al secundar al líder se ganan su sueldo de supervivencia. No es humillante. Es la historia. Y si la historia se mira con cierta sabiduría, hay que esperar a que corra para conocer el final, que tardará en llegar. Entretanto, la OTAN, en su «second souffle» y a pesar de sus defectos, sigue siendo válida como estructura política mediadora, que complementa admirablemente las dos orillas del Atlántico. Con ella, la soldadura de la primera guerra fría con la nueva correlación de fuerzas parece adquirir una consistencia, necesaria para gestionar y resolver los conflictos venideros.